

Turbocrónicas

MARCO AURELIO CARBALLO

El "Cristo" del bulevar

En el Centro Cultural Jaime Sabines laboran profesores de baile, de música, de pintura y de narrativa, pero no licenciados en pedagogía, estimado Guillermo. Si algún día encuentro a un poderoso le pediré chamba para Betito. Porque nunca solicito audiencias para pedir... Me faltó educación religiosa y quizá eso provoca mi aversión hacia los pedigüeños. Hablo de los que claman limosna, incluido el abominable redondeo empresarial. Yo aporto mi cuota al fisco, a la gente de los 400 pueblos y a los teporochos. A los segundos porque me impresionaron cuando los vi sobre el camellón de Paseo de la Reforma del DF. No porque estuvieran desnudos o porque parecieran haber brincado del pedestal de Cacama. El color parejo de su piel, como de papel de estraza, me asombró. ¿Usarán bronceador? Respecto a los teporochos he visto a menudo a uno de ellos. Lo veo cuando viajo a Tuxtla Gutiérrez. Vive cerca del Centro Cultural Jaime Sabines. Quién sabe por qué le dicen "Cristo". Lo veo esquelético y barbón y greñudo, pero no es la imagen de Cristo según el Vaticano.

El "Cristo" tuxtleco vive sobre un pretil extenso, a la sombra de un muro igual de extenso de una escuela primaria. Él siempre está encaramado ahí. Hay una ban-

queta estrecha entre el pretil y una barda extensa hecha a base de matorral chiapaneco inextricable, pero bien recortado. Al pasar frente a él debes eludir uno de sus pies descalzos porque siempre tiene una de las dos piernas extendidas. Un pie flaco, enjuto, de alguien que ha caminado cientos, miles de kilómetros. De uñas percutidas y sólidas. Debes pasar a su lado muy a las vivas porque de pronto expulsa esa escupitina de quienes beben cerveza. Yo he bebido cientos de galones de cerveza, y no me da por escupir. Antes al contrario, todo para dentro. Este "Cristo" tiene siempre una caguama a la mano. La más reciente ocasión me asombró porque le vi una metralleta. Yo desenfundé el portamonedas y le doy diez o veinte pesos. Él me ve con sus ojos inyectados, recibe la pasta y se la guarda en silencio. Podría decirte que tiene los ojos inexpressivos, pero si fueran las ventanas del alma como se afirma y te asomaras a ellas verías seguro dos o tres círculos del infierno. Tampoco espero que me dé las gracias. Si "Cristo" no pide nada, ¿por qué debía agradecerme? Soy yo quien debiera agradecerle que acepte la moneda.

Esa última vez no podía creerlo. El que estuviera bien armado, con metralleta y caguama. Así que me detuve a unos metros y me volví para escrutar sus pertenencias. Desde luego, el arma era de plástico, y la tenía sin abrir dentro de su estuche de juguetería. Es decir sujeto a un pliego de cartón y con la cubierta de plásti-

co transparente. No el estuche apropiado para un arma real. Hubiera querido platicar con este “Cristo”, pero lo he visto pocas veces. Descreo de que él me vea con pinta de judicial pero... No quiero alebrestarlo y que me atice, no con la metralleta, con la botella de caguama. Ignoro por qué imagino que su vida ha sido interesante. Por influencia de las lecturas de J. M. Coetzee quizá. Este Nóbel 2003 tiene varios personajes “clochards”, teporochos, pordioseros o ancianas de parecida condición. El “Cristo” del bulevar Ángel Albino Corzo podría ser poeta y terminó ahí encagumándose mañana, tarde y moda porque nadie es poeta en su tierra. Podría ser también un ex guerrillero decepcionado de los más recientes métodos de lucha puestos en práctica.

Mientras me animo a charlar con él, estimado Guillermo, seguiré devanándome los sesos para ver cómo ayudamos a Betito, sin exponerlo a ninguna de las siete artes. Son profesiones como para suicidas fulminantes o a fuego lento como de teporocho. A menos que tengas talento. La obsesión y la compulsión (lo mío) resultan insuficientes. Sólo uno por ciento de los artistas alcanza el éxito, afirman, en el sentido de que viven de su arte. Mejor teporocho, ¡juelachingá!, dirían en mi pueblo.

Chandler y yo

Temo que he sufrido una recaída, estimado Guillermo. En cuanto me sentí bien del ataque de colitis, después de seis meses, decidí comprar una de etiqueta roja. Me hice el propósito de seguir el consejo de la licenciada en nutrición. Ella dijo, bien, no lo suspenda del todo. Échense tres, después dos y uno al final. No habló del aborrecible síndrome de la insuficiencia etílica porque no quiso o por ignorante. Pero su autorización es tan antigua como antigua la existencia del vino. Atento a que no faltaran hienas ni saraguatos, Noé había olvidado el vino. Quién sabe en qué circunstancias lo recordó él o su

vieja. ¿Quién más? Se dio un palmetazo en la frente y murmuró: Claro, “wey”, ¡el vino!... Casi casi zarpamos sin la dotación bíblica. Así que le di las gracias. A la licenciada, no al olvidadizo de Noé.

Por cierto déjame, te cuento... Cuando voy a revisión del kilometraje, dos veces al año, encajo los regaños de la nutrióloga o el tono maternal, según. Es decir, según ella haya tenido padres golpeadores o no. Estas licenciadas me pican la curiosidad enfermiza. ¿Cómo es que, tan flaquitas y tan chaparritas, son lo que son? Quizá tengan ese empaque de peso minimosca por veinteañeras y porque están en un tris de pasar a la etapa según la cual ya no creces y comes tres veces al día y con manteca gracias al salario de regular justicia. Pero ¿hay otras profesiones con veinteañeras redonditas y de rubor natural? Sí. Entonces ¿por qué las nutriólogas son peso minimosca? ¿Por orientación vocacional? ¿Digamos que el orientador las ve flaquitas y chaparritas y ojerositas y



Del Prado

les dice, mira, chicuela, tú reúnes los requisitos para estudiar nutrición? Es posible. No he preguntado por falta de tiempo y porque, si me toca una regañona, neurótico, me aturdo y enmudezco. Si le diera salida libre a la neurastenia, podría descoser la camisa de fuerza. Ellas reciben un trato desdeñoso de las médicas. Lo sé porque las médicas son indiscretas. Pero he tratado a dos o tres doctoras con silueta de nutriólogas. ¿Será que en tanto doctoras consideran de bajo nivel académico a las licenciadas? La mayoría de las médicas son peso gallo y de una estructura ósea menos frágil y de forro succulento. De entre las que trato, me digo, a ésta le pondría meritolate en los pechos nutricios y agua oxigenada en el pubis angelical... Pero igual, las médicas te regañan o te dan trato de madre. Grotesco si peinas canas. ¿Les cuesta actuar con profesionalismo y superar la infancia?

Después de la colitis, con la cual el dolor agudo te inhibe las ganas de "todo", me negaba a surtirme de trago escocés. Un día recordé a la nutrióloga y recaí. Eso tiene el aspirante a la doble A, ingenio para tumbar todo obstáculo que le impida acercarse al punto exacto de servirse la primera. Así que el primer día escancí una ración. Al siguiente, dos y al tercero tres ¡dobles!, la ración ideal para Raymond Chandler. Mal ejemplo porque él lo hacía de noche, cuenta en su correspondencia, luego de teclear partes de Adiós, muñeca o de La dalia azul. Incluso, como a los treinta o cuarenta años de su edad, tras una noche loca, despertaba cantarín como una alondra. Pero al final de su existencia debía aproximarse gateando a la cama. Cuando visualicé la figura de Raymond zigzagueante, hociqueando la duela cual chuchito ajumado, me hice el propósito de beber dos dobles en sábado y domingo, y un pálido jaibol de lunes a viernes. ¿Tendré la fuerza espiritual para cumplirlo? Podría visualizar a la nutrióloga y a la médica en torno a mi cama de hospital meneando el pescuezo a manera de lastimosa reprobación, pechos y pubis estropajeados... Pero me niego. Los sentimientos de culpa echan a per-

der cualquier dosis. Tendré que visualizarlas, a una peso gallo y a la otra minimosca, si vuelvo a las tres raciones dobles, metidas ellas en su mono blanco, ése como de jefe de mecánico de taller para ricos.

El fondo es el fondo

En cuanto más se acerca el cumpleaños de don Beto, más pienso en que sólo un milagro me salvará, estimado amigo. Es decir, sacarme el Melate. Ya quiero zumbarme medio cartón en La Mesa Redonda. ¿Cuánto costaría eso? ¿Ciento y pico de pesos? ¿Cuánto cuesta el cuartito? Qué bueno que has hallado el cómo resolver a medias este exquisito problema. Una hora y cien pesos. Qué gran disciplina pero sobre todo asumir el control de tus actos. Yo no puedo. Ignoro qué broncas tendrías tú si permanecieras durante dos horas y doscientos pesos. No es por el dinero. Lo sé. La mía, mi bronca, es peliaguda. La media docena de veces que me he ido a vivir con una mujer, o casado, ha sido medio totoreco, caliente del pico y del resto.

Tengo identificado el problema, como tú. Debo tomar un desayuno vasto y zamparme un buen platillo con las cervezas o vino para que cuando llegue al fuerte no se me caliente el hocico, diría el Rayo Macoy, y termine casado o arrejuntado. Cuando no consigo cumplir ese trámite lanzo maldiciones al día siguiente y un ataque depresivo me dobla las corvas. Hay que tocar fondo. Lo sé, y el fondo no es cualquier fondo. Debe ser el mío. Propio. Incomparable. El de nadie más. He platicado de la media docena de mis fondos y los compas de la doble A dicen, fuera de sesión, que, ¡ja!, esos no han sido fondos. Debe ser único. Fondillos no. Esos compas ayudan poco, rumio a veces. Quizá deba inscribirme ya. Porque ¿cuál será mi fondo si no es ninguno de esa media docena?

¿Por qué vivir con seis mujeres no ha sido un verdadero fondo en cada caso? ¿Será uno de los círculos del infierno de Dante vivir casado? Si no lo es, debieran agregarlo. Así como ahora han hecho ese gran negocio

de las Siete Nuevas Maravillas del Mundo, ¿por qué no revisar los círculos infernales y los pecados capitales? ¿Por qué no actualizarlos al siglo XXI? Si ayudaran en verdad los compas de la doble A, no andarían picándome el morbo y yo no buscaría mi propio fondo.

Pero creo que he dado por fin con mi fondo. Tres amigos y compañeros íbamos a comer comida yucateca. Establecimos día y sitio. La fecha por obvias razones y lo segundo porque los yucatecos empezaron a emigrar antes que nadie y están situados en varias partes del DF. La peor emigración fue, opino, la de los mayas. Quetzalcóatl se los llevó al espacio sideral, lucubro ya con tres jaiboles dobles en el buche, evocando al profesor Rogerio Canto Pool. La primera fuga de talentos masiva. Pero una hora antes, los amigos informaron de que había una cumpleañera en la oficina. Atrapado por el hecho de haber dado mi palabra, acepté ir. Aparte en el nuevo sitio había cochinita pibil y panuchos. Bien. Venga, díjeme. Vamos. Hice mi torpe plan. Una cerveza y una secuencia de vodkas para combatir los letales trigli-

céridos. Pero antes de pedir el vodka floreció en la mesa cual arbusto dorado una de escocés. El taco de cochinita estaba exquisito. El panucho regular. Pero insuficiente para la segunda botella. Cuando el santo de los bollos tamborileó en mi hombro izquierdo para alertarme, el pico en llamas, el mío, le hablé a Petunia. Ven por mí, le pedí... Antes de que sea demasiado tarde.

Ella estuvo como nunca al día siguiente. No me reprochó nada. Pero me sentía escarabajo. De dos a tres de la tarde, tecleando, me zumbé tres vodkas dobles con agua quina. Sólo así logré insuflarme el ánimo, y con una siesta. Pero en la noche Petunia preguntó si recordaba qué estaba haciendo cuando ella llegó por mí. ¿Qué?, le pregunté. Bailabas, dijo. ¡No!, repliqué... Ahí no hay música. Es una cantina. No me hagas eso... No inventes. ¡Chantaje! Está contraindicado por la doble A. Sí, dijo ella, había un mariachi y bailabas con una chica toda tímida. Concha de su..., me dije. ¿Cómo, si los hombres duros no bailan? ¿Y con mariachi?... Aleluya, dije no obstante. ¿El fondo por fin? ■



Lourdes Domínguez